

La nacional en el siglo XVIII español

«Con simplicidad reiterada y extraña se ha venido repitiendo que este siglo se caracteriza por el afrancesamiento de las ideas, por su ruptura con la cultura tradicional y la apertura a las formas del pensamiento liberal décimonónico. Esta fórmula, repetida constantemente, ha llegado a ser criterio valorativo de todas las escuelas historiográficas». Así resume José Vila Selma¹ uno de los problemas que surgen en seguida frente a todo investigador que quiera ocuparse del siglo XVIII. Hasta hace pocos años era el siglo menos estudiado o admirado, y frecuentemente con mencionar el Neoclasicismo, indicar las fuertes influencias extranjeras y añadir que no había sido abundante en obras maestras, se le dejaba descansar en la historia. Aun hoy día se cita la famosa afirmación de Ortega y Gasset: «Cuanto más se medita sobre nuestra historia, más clara se advierte esta desastrosa ausencia del siglo XVIII. Nos ha faltado el gran siglo educador²». Con estas palabras apunta a la primera pregunta que se plantea al querer examinar este siglo: ¿es apropiado hablar del Neoclasicismo, enfocando la atención ante todo hacia la creación artística, o sería más justo adoptar el nombre más universal de la Ilustración? La crítica de Ortega señala precisamente que no lo fue bastante. Visto a la luz de la Ilustra-

(1) JOSÉ VILA SELMA. *Feijoo*; Ideas literarias. Madrid, 1963, p. 5.

(2) JOSÉ ORTEGA Y GASSET. *El Espectador*. Madrid, 1960. VII, p. 826.

ción en Francia o en Inglaterra, parece cojear, es cierto. Sería injusto, sin embargo, negar su existencia y el intento de acercar el nivel de cultura general español al europeo, de participar en la propagación de ideas nuevas. Parece preferible optar por la Ilustración, puesto que es precisamente en la vida social y económica, en el campo de las ideas donde se lograron algunos adelantos.

La otra pregunta, tocada por Vila Selma, va a ser el tema del presente trabajo: ¿Es posible seguir afirmando que el siglo XVIII fue ante todo fuertemente extranjerizante? En los últimos decenios cada vez más claramente se pone de relieve el hecho de que este siglo no significó rebeldía contra todo lo tradicional, que existe en él una continuidad que le liga tanto al siglo precedente como al XIX. Lo sugirió ya Pedro Salinas en sus ensayos sobre Feijoo y sobre Meléndez Valdés³; lo expone en varios trabajos Russell P. Sebold⁴; también lo sostiene Luis Sánchez Agesta: «Feijoo, aunque es filomoderno y se burla de los antiguos profesores, conoce bien sus clásicos, antiguos y modernos. Va a intentar la renovación sin separarse del pensamiento español⁵». José Caso González vuelve a plantearlo en su prólogo a *La literatura española del siglo XVIII y sus fuentes extranjeras*⁶. Y Américo Castro no ve inconveniente en reanudar ciertas actitudes del XVIII con las existentes en el XVI⁷. Por otra parte, parece interesante y significativo encontrar intentos entre los autores del siglo mismo de definir lo que es un buen patriota, que señalan una ampliación de horizontes sin que se renuncie a ser españoles de buena ley. Muy conocido es el en-

(3) En *Ensayos de literatura hispánica*. Madrid, 1958. (Pero datan de 1924 y 1925).

(4) "Contra los mitos antineoclásicos españoles". *Papeles de Son Armadans*, CIII, octubre 1964; "Los afrancesados en la Guerra de la Independencia", *Hispanic Review*, XXXIV, n.º 2, April 1966. Con esta ocasión cabe mencionar también la obra de Hans Juretschke, *Los afrancesados en la guerra de la Independencia* (Madrid, 1962), que reseña Sebold. Véanse también las introducciones de Sebold a las ediciones de *Fray Gerundio* del P. Isla y de las *Visiones* de Torres Villarroel en la serie de *Clásicos Castellanos*.

(5) En *El pensamiento político del despotismo ilustrado*. Madrid, 1953, p. 41.

(6) *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, n.º 20. Oviedo, 1968.

(7) "Jovellanos", en *Semblanzas y estudios españoles*. Princeton, 1956.

sayo de Feijoo sobre «Amor de la patria y pasión nacional»⁸. Consideraciones aún más profundas y sumamente lógicas aparecen en una carta anónima de fecha posterior, publicada por Julián Marías: «Mucho bueno tenemos, mas esto sólo no basta hoy para contentar un tiempo codicioso y delicado, que pide muchas cosas, y todas exquisitas»⁹.

El problema de las influencias extranjeras se aclara —y, a la vez, se complica— teniendo en cuenta la circunstancia histórica de España. Los primeros años del siglo traen un cambio de dinastía impuesto al cabo de una guerra de trece años. No es esta guerra puramente «civil»: en ambos bandos luchan ejércitos extranjeros, y su presencia en el país deja huellas. Al vencer Felipe, se toman precauciones contra la oposición. La *Planta Nueva*, con su abolición de fueros, su deseo de centralización suscita recelo de parte de los catalanes, así como de la nobleza en general. Se ven alejados del gobierno, sospechan de reformas demasiado radicales. Por consiguiente, sería equivocado hablar de una extendida influencia francesa en los primeros decenios. Hay poco movimiento de ideas que sea auténtico. Sí se fundan, siguiendo el modelo francés, varias instituciones útiles, como la Academia y la Biblioteca Nacional, pero en esto entra muy poco la voluntad del pueblo. El auge de la influencia francesa se sitúa en los últimos decenios, pero muy pronto se ve cortado por otra circunstancia histórica.

En cuanto a la penetración de ideas inglesas, los acontecimientos históricos también ponen obstáculos. Con la pérdida de Gibraltar y la ocupación de Menorca surge evidente hostilidad en ciertos sectores de la población. Otro sector se muestra desconfiado frente al penetrante masonismo. En general, el conocimiento del inglés está menos extendido que el del francés, y la mayor parte de las obras e ideas llega con un tanto de retraso, pasando por traducciones francesas. Sólo en la segunda generación se afirman. Así, de la correspondencia y los diarios de Jovellanos, Cadalso, Meléndez

(8) En *Teatro crítico universal*, II.

(9) En *La España posible en tiempo de Carlos III*. Madrid, 1963, p. 203.

Valdés consta que entre ellos el pensamiento inglés es bien conocido, y los autores principales muy leídos¹⁰.

Joaquín Arce¹¹ hace notar que había menos reserva en acoger lo que venía de Italia, lo cual es confirmado por la *Poética* de Luzán: se encuentran en ella más huellas de Muratori que de Boileau. La influencia crece con la corte que trae Carlos III. Se establece la ópera; en los círculos de crítica literaria las voces de Conti y de Napoli Signorelli dan el tono. Por lo menos de este lado no vienen amenazas políticas. Sólo durante el reinado de Carlos III, «educado» en una visión europea más amplia en los años que pasa como rey de Nápoles, se puede hablar del casi advenimiento de la Ilustración en España¹². Si no se logra, esto es debido una vez más a causas políticas: la Revolución Francesa y, más tarde, la Guerra de Independencia. A raíz de éstas, la aceptación de influencias o ideas extranjeras vuelve a significar traición. Julián Marías resume muy acertadamente esta situación en *Los españoles*: los que quieren permanecer fieles a la nación, corren el riesgo de tener que renunciar a los ideales de la Ilustración; los que quieren defenderlos, se exponen al mote de «afrancesados» y colaboradores con el enemigo nacional. Lo había expuesto también Leandro Moratín: «La edad en que vivimos nos es muy poco favorable: si vamos con la corriente y hablamos el lenguaje de los crédulos, nos

(10) Hoy la investigación de las influencias, contagios, afinidades se hace más asequible gracias a la publicación de las listas de libros pertenecientes a las bibliotecas de las figuras representativas: Georges Demerson. *Don Juan Meléndez Valdés et son temps. 1754-1817*. París, 1962; Marcelin Deforneaux. *Pablo de Olavide ou l'Afrancesado. 1725-1803*. París, 1959. Y, claro, el libro ya clásico de G. Delpy, *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*. París, 1936.

(11) "El conocimiento de la literatura italiana en la España de la segunda mitad del siglo XVIII", *Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, n.º 20, 1968.

(12) Es interesante comparar esta época con otra "apertura" parecida en el siglo XVI. Los reinados de Carlos V y Carlos III tienen muchos paralelos: los dos reyes se forman fuera de España; traen corte y ministros extranjeros, lo cual provoca sublevaciones: los Comuneros y el motín de Esquilache; los dos protegen generosamente las artes y permiten ideas no totalmente bien vistas por la Iglesia (Erasmus y Tanucci); por fin, al morir los dos, el país vuelve a una política de "tibetización" (nombre bien hallado por Ortega) y al recrudescimiento de la Inquisición, causados por acontecimientos de significación universal: la Reforma y la Revolución Francesa.

burlan los extranjeros..., y si tratamos de disipar errores funestos y enseñar al que no sabe, la santa y general Inquisición nos aplicará los remedios que acostumbra»¹³.

Queda, por fin, para completar el cuadro general, por considerar la actitud del pueblo. Ya Américo Castro¹⁴ señala que la Ilustración alcanza sólo a unas minorías en su intento «utópico y a la vez trágico» de fraguar «otro país, con otros supuestos, con distinta sensibilidad». Tal vez su juicio parezca un tanto severo, aplicándolo a la parte de las minorías. No exagera, sin embargo, al afirmar que el pueblo no las seguía. La verdadera Ilustración apenas le fue conocida, como consta de los *Diarios* de Jovellanos¹⁵. Pero es precisamente el pueblo quien demuestra a todas luces el apego a todo lo español; el que, entendiendo mucho más estrechamente que Feijoo el concepto de patriotismo, se opone a toda influencia importante que venga de fuera. Pruebas harto claras de tal actitud dan el motín de Esquilache y, más tarde y por razones más evidentes, el Dos de Mayo. Es que no resulta siempre fácil trazar una línea de demarcación entre lo puramente político y la ideología cultural. Por otra parte, la resistencia del pueblo a aceptar a los colonos, a dar derechos de ciudadanía a artesanos forasteros indica que también el factor económico tiene su influencia en la admisión de todo lo que sea nuevo. El Discurso publicado en Madrid en 1775, que se atribuye a Campomanes, expresa muy claramente estas preocupaciones. Su intención es probar que «una nación puede muy bien sacar ganancia del lujo de las demás» y que «el verdadero extranjero en su patria es el ocioso»¹⁶, pero su alcance no fue general.

Si las circunstancias históricas condicionan muy particu-

(13) Carta a Pablo Forner, de 1787, en *Epistolario*. Madrid, sin fecha, p. 27.

(14) *Op. cit.*, p. 406.

(15) La visión que presenta Jean Sarrailh del pueblo español no tiene nada de optimista: «La masse rurale souffre d'une misère spirituelle plus redoutable que sa détresse économique». (*L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII siècle*. París, 1954, p. 43).

(16) *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento*. Madrid, 1775.

larmente el desarrollo general en el siglo XVIII español, encontramos ciertos anacronismos también cuando se trata de determinar influencias más propiamente literarias, como el «neoclasicismo francés». Cuando el Conde de Aranda consigue imponer casi por fuerza la representación de obras de corte neoclásico en los teatros de los Sitios Reales, por los años 1770, en Francia la tragedia clásica ha pasado ya de moda. Los nuevos gustos están dominados por el enciclopedismo, cuyos ideales se alejan bastante de las reglas rígidas así como de las unidades. Pero en España, ni aun las minorías cultas —con excepciones muy escasas— están prontas a acogerlo. La situación es muy parecida a la que se dio con el advenimiento del humanismo en el siglo XVI: el español, por más claro y adelantado que sea, no ve la necesidad de renunciar a su vinculación con la tradición cristiana. El anticlericalismo que surge en ambas épocas no implica una ruptura con la religión¹⁷.

Los valores nacionales, por otra parte, nunca han sido totalmente borrados, aunque su aceptación o rechazo también deja percibir ciertas paradojas. Las obras de Calderón, Lope y otros autores dramáticos del Siglo de Oro siguen representándose a través del siglo XVIII. Cuando por fin se cree apropiado desterrarlas parcialmente —con la prohibición del auto sacramental—, a poco surge uno de sus defensores más entusiastas: August Wilhelm Schlegel empieza a predicar la grandeza del teatro español en Alemania. Así, a principios del siglo siguiente ya parece completamente natural volver a exaltar «la gloria nacional». Semejantes entusiasmos suscitan otras obras criticadas en España. *El Criticón* tiene sus defensores en varios países extranjeros, y la novela picaresca se acoge como algo refrescante tanto en Inglaterra como en Francia. *Tom Jones* y *Gil Blas* representan una reacción al clasicismo demasiado depurado y a su seriedad aun

(17) V. Palacio Atard insiste repetidamente en el hecho de que durante el siglo XVIII en España prevalece el «cristianismo ilustrado». (*Los españoles de la Ilustración*. Madrid, 1964). Un ejemplo muy claro de esta actitud es Jovellanos: oye misa diaria, es muy religioso, pero critica todos los abusos que observa.

antes de que los españoles se apliquen a «regularizar» su propia producción literaria. Hay que considerar, por fin, que la mayor parte de las obras verdaderamente importantes publicadas en Francia durante el siglo XVIII empieza a circular libremente en España sólo hacia 1820, puesto que casi todas se hallan en el Índice. Sería ridículo negar que son conocidas, pero no alcanzan con todo ímpetu al público general.

La insistencia en lo nacional a través de todo el siglo se descubre a primera vista en varios aspectos de la vida pública. Uno de los ejemplos que viene a la mente en seguida es el majismo. Ortega tiende a considerarlo como una señal de la decadencia de la aristocracia española¹⁸. Es muy probable, sin embargo, que entre en ello también el deseo de defender su independencia y sus tradiciones. (¿No fue una de las causas que suscitaron el odio a Esquilache de parte del pueblo el haber prohibido el uso de la capa?) El énfasis en lo popular es reflejado por Goya no sólo en los majos de los cartones, sino también en los Caprichos. En éstos, a su vez, Edith Helman señala correspondencias con los sainetes de Ramón de la Cruz: otra manifestación de lo hondamente nacional que sigue la sana tradición de los entremeses del Siglo de Oro¹⁹. Según Somoza²⁰, habría que completar este cuadro con las poesías satíricas de Iglesias, que hoy parecen de menos importancia.

En la vida pública continúa la tradición de las verbenas y de las romerías, aunque criticadas por algunos «ilustrados». En las fiestas, los petimetres y el minué no logran desterrar el fandango. Se protesta contra las corridas, pero no porque sean «nacionales», sino por su aspecto brutal. La quintaesencia de estas actitudes se da en el largo tratado que Jovellanos dedica a las diversiones públicas: no es partidario de las corridas ni de los autos sacramentales, pero predica la nece-

(18) J. ORTEGA Y GASSET. *Goya*. Madrid, 1966, p. 31.

(19) EDITH HELMAN. *Trasmundo de Goya*. Madrid, 1963.

(20) Lo señala COTARELO Y MORI en *Don Ramón de la Cruz y sus obras*. Madrid, 1899.

sidad del «trabajo gustoso», arraigada en la tradición de las canciones con que se acompaña el trabajo.

En esta época, el español, aunque consciente de ciertos retrasos de su país, no se siente inferior: tiene esperanzas de que la situación mejore, de que España esté bien encaminada para llegar a la cumbre. Tal confianza se revela en la dedicatoria del Padre Feijoo a Fernando VI frente al tercer volumen de sus *Cartas eruditas*, donde insiste en el hecho de que en la época en que vive, España no sólo tiene un excelente rey, sino también un equipo de ministros capaces sin precedente. Julián Marías hace notar que tampoco Moratín se deja intimidar por lo que observa en otros países durante sus viajes: se siente europeo, participa en un patrimonio común a todos, y se permite criticar lo que le parece inferior a lo español²¹.

Para valorar justamente la presencia de una conciencia nacional en el siglo, parece significativo el hecho de que en el reinado de Carlos III —precisamente los años de ambiente más cosmopolita y universal— se fijan la bandera y el himno nacionales: Incluso en el proceso de la «independización» de la Iglesia el regalismo español no representa necesariamente una influencia exclusiva del galicanismo. No se debe olvidar la tradición de cierta autonomía existente desde la época de los Reyes Católicos. El Concordato de 1753 se sitúa más en la línea de la tradición que en las reclamaciones radicales del galicanismo francés.

Adelantando, por fin, hacia los fines del siglo y entrando en el XIX, se presenta a la investigación otra manifestación importantísima, también con frecuencia considerada como prueba de la fuerte influencia francesa: la Constitución de Cádiz. No se puede negar que contiene cláusulas muy afines con el *Contrato Social* de Rousseau y la Constitución francesa después de la Revolución, pero tampoco se debería olvidar que por lo menos una parte de los signatarios afirmaba

(21) Véase JULIÁN MARÍAS, *Los españoles*, en *Obras completas*, VII. Madrid, 1966.

que lo que les importaba era revivificar el espíritu de las antiguas Cortes castellanas. Lo recuerda Alcalá Galiano²². Lo demuestra claramente Jovellanos, quien en más de un escrito hace referencias al *Fuero Viejo* y a las *Partidas* y resume sus ideas en una carta a Cabarrús: «España no lidia por los Borbones ni por Fernando; lidia por sus propios derechos, derechos originales, sagrados, imprescriptibles, superiores e independientes de toda familia y dinastía. España lidia por su religión, por su Constitución, por sus leyes, sus costumbres, sus usos, en una palabra, por su libertad. ... Dirá Vm., pues, que ésta es la cantinela de su partido, que Napoleón no quiere esclavizarla, sino regenerarla, mejorando esta Constitución, y levantarla al grado de esplendor que merece por su situación y su fuerza entre las naciones. ... Pues qué, ¿no hay en España cabezas prudentes, espíritus ilustrados capaces de restablecer su excelente y propia constitución, de mejorar y acomodar sus leyes al estado presente de la nación?»²³

Este mismo Joveallnos, «español ilustrado modelo», según Marías²⁴, aunque conoce y admira la obra de economistas como Adam Smith y Turgot, no cree en una adaptación incondicional de sus teorías. Recomienda a los jóvenes miembros de la Sociedad de Amigos de Asturias también la lectura de Navarrete, Moncada, Ustariz, quienes, sin dejar de admitir ideas nuevas, las han moldeado según las necesidades particulares de España. Sólo conociendo la realidad nacional y trabajando sobre datos concretos pueden producir fecundación provechosa ideas que vienen del extranjero.

Los pensadores se inspiran en la obra de Juan Luis Vives, no sólo en los filósofos contemporáneos. Pérez Valiente hace recordar la doctrina de Francisco Suárez. Los filólogos vuelven los ojos hacia el Brocense, Alderete, Juan de Valdés. Resurge con ímpetu nuevo el interés por la lengua nacional; brotan *Gramáticas*, *Ortografías*. Apenas hay autor que se es-

(22) ANTONIO ALCALÁ GALIANO. *Memorias*. Madrid, 1886.

(23) GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS. *Memoria del Castillo de Bellver. Discursos. Cartas*. 3.ª ed. Madrid, 1969, p. 283-4.

(24) Véase *Los españoles*.

time que no advierta el peligro de una sumisión total al gusto francés. Abundan las exhortaciones de imitarlo sólo en lo que toca a la claridad. Mayáns y Siscar estudia los *Orígenes de la lengua castellana*, escribe la vida del autor español más ilustre. En su *Orador cristiano* «clama y grita» para que se lean los buenos autores españoles para depurar la lengua. Sólo cuando la propia lengua esté bien establecida y conocida podrá acoger ideas que vengan de fuera sin perder su base y desfigurarse.

El interés por la enseñanza es muy vivo. Todos están de acuerdo con que son necesarias varias reformas, pero muchos se resisten a llevarlas a cabo sencillamente imitando lo que se hace en el extranjero. Todos concuerdan en poner énfasis en el uso de la lengua nacional. Masdeu insiste en que el estudio del español se debe preferir al del latín; Jovellanos aconseja adaptar las nuevas gramáticas al uso local, completándolas con enseñanzas sacadas de las enciclopedias y proveyéndolas con ejemplos de la literatura nacional. No ve por qué el latín u otra lengua extranjera debería ser más importante que el castellano: «Si se trata de preceptos, o no merecen este nombre; o serán aplicables a todas las lenguas. Si de ejemplos, ¿tan escasa y grosera se halla la nuestra todavía, que no pueda presentar una colección de ejemplos de pureza, de precisión, de elegancia, de belleza y sublimidad en el decir?»²⁵ No es difícil encontrar afirmaciones semejantes en otros²⁶. En 1824, Moratín escribe lo siguiente: «... en verdad que yo desearía que ustedes se formasen sobre lo bueno de los buenos poetas nuestros. Yo, para escribir versos, estudiaría a Garcilaso, a Herrera, los Argensolas, Luis de León, Francisco de la Torre, Arguijo, Rioja, Lope (el extravagante Lope)... y en sus obras... hallaría el régimen, la propie-

(25) G. M. JOVELLANOS. *Obras escogidas*, II. Madrid, 1935, p. 71.

(26) Escuchemos a PABLO FORNER: "Manifiestad practicamente la diferencia que hay entre los que saben bien el uso de su lengua y los que corrompen este uso. La imitación, o por mejor decir, el estudio de las obras españolas de los siglos pasados debe ser vuestro norte para arribar al colmo de esta empresa. Mas no sea servil esta imitación, no sea mecánica ni de pura copia. Estudiad las frases de la lengua, no las de los autores". (*Exequias de la lengua castellana*, BAE vol. 63. Madrid, 1952, p. 394).

dad, la gracia, la energía, la robustez, la abundancia, el giro poético y la armonía de la versificación. Nada de esto han hecho los jefes del moderno culteranismo. ... Apenas emancipados de los nominativos, se han dedicado a la literatura francesa exclusivamente, sin cuidarse de cultivar la lengua con que los arrullaron en la cuna. Oyeron decir que en nuestros poetas se hallaban defectos considerables de juicio y de gusto, y tomaron (tomados en montón) el partido de no leerlos y despreciarlos, como si un español pudiese hallar en otra parte el lenguaje de las Musas... Que no será buen poeta en español el que no se familiarice con el estudio e imitación de los buenos poetas antiguos españoles»²⁷.

Sería imposible, hablando de la conciencia nacional, dejar de mencionar la tolvanera que suscitó un articulito publicado por Masson de Morvilliers en la sección de geografía en la Enciclopedia de 1782: «Qu'est-ce qu'on doit à l'Espagne?» Esta polémica está muy bien resumida por Julián Marías en *La España posible en tiempo de Carlos III*. La indignación es general; surgen defensas por todas partes: unas espontáneas, como las de Cavanilles, Carlos Denina; otras, comisionadas oficialmente por el Conde de Floridablanca, como la de Forner. En todas es evidente el anhelo de defender el honor nacional. Se destaca entre ellas la «Carta anónima» publicada por Marías: presenta un examen crítico muy moderno en su espíritu, que implica un nuevo concepto del patriotismo, pero no por eso deja de percibirse un sano orgullo por ser español el autor que la escribe. Es curioso a este respecto el caso de Cadalso: en general más bien escéptico, procediendo con métodos casi de fiscal, en cuanto se toca la esencia misma de los valores españoles se muestra capaz de exagerar también en dirección opuesta: llega a pretender que la *Fedra* de Racine ofrece extravagancias no menos fuertes que las de una comedia de Calderón o cualquier otro dramaturgo español del Siglo de Oro²⁸. Incluso los jesuitas deste-

(27) Carta a Mariano y Pedro Nogués fechada en Burdeos en 1824 (*Epistolario*, p. 255-7). Más detalles sobre este aspecto se encuentran en F. Lázaro Carreter, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*. (Madrid, 1949).

(28) *Los eruditos a la violeta*.

rrados, olvidando que la causa de todas sus miserias es el decreto del rey de España, continúan trabajando por su «gloria», por justificarla. Unos lo hacen de un modo serio y científico, logrando producir obras de veras importantes, como el Padre Juan Andrés. Otros llevan el patriotismo hasta la exageración, como Lampillas en su defensa exaltada, con menos base realista, de la literatura española. El «honor» nacional es muy vivo, pues, a través de todo el siglo, y se puede encontrar no sólo en los escritores más o menos publicistas, sino también en muchas obras literarias.

Adentrándose más particularmente en la producción literaria, se puede afirmar que las primeras obras importantes del siglo están basadas en la realidad inmediata española y en modelos ya clásicos de los siglos precedentes: *Don Quijote* y la novela picaresca. Torres Villarroel, soñador a lo Quevedo, pero con algunos procedimientos ya muy modernos²⁹, dejó una *Vida* que algunos han querido clasificar como novela picaresca³⁰. Es menos y más a la vez. Desde el principio advierte que escribe para deshacer la fama de pícaro. Ni le interesa seguir ciegamente un modelo tradicional, ni es su intención principal presentar a un pícaro. Lo que es distinto es el enfoque: aunque de paso critica varios aspectos de la sociedad y de la vida de su tiempo, el acento principal cae sobre él mismo: Por algo vive en el siglo XVIII, siglo de las autobiografías y confesiones. Escribe para dejar a la posteridad su verdadero retrato en vez de «el hombre de la novela que me han hecho». Tal vez por eso fueron señalados (por Brennan, por Ballesteros) algunos puntos de contacto entre él y Rousseau. Su procedimiento es muy diferente; sin embargo, y probablemente se le podría considerar incluso superior: adoptando el tono burlón ya existente y sólo cambiando el punto de enfoque, logra una obra más moderna. Es como el bufón comentado por Berenson: sabe no tomarse en serio y por esto se puede permitir decir las ver-

(29) Los varios puntos de vista empleados; la libertad que se crea con exponerse voluntariamente al ridículo.

(30) Entre otros, Valera, Valbuena Prat, Angel del Río.

dades³¹. Ofrece al lector, además, la relatividad de interpretación. Lo que cuenta es su vida, pero es inseparable de la de España. Se analiza, pero analiza también la circunstancia que influye en él. Sus ideas científicas y su estilo son aún muy del siglo pasado —en varias obras parece ser casi un eco de Quevedo—, pero la actitud como autor es ya de una era nueva³², deja presentir el arte como juego, puesto que así como a sí mismo, tampoco toma muy en serio al lector y se permite divertirse a su costa.

Fray Gerundio de Campazas también respira lo español por los cuatro costados, aunque acoja muchas ilustraciones y modelos extranjeros. No hay que dejarse engañar por todas las citas y muestras de erudición; es un rasgo común a muchos autores de este siglo, en varios países, que hace recordar las «polianteas» del siglo XVI. En la intención imita a *Don Quijote*: quisiera acabar, exponiéndola al ridículo, con la tradición barroca de los predicadores. La preocupación fundamental que vibra debajo de la sátira es claramente patriótica: ahora que cada vez más extranjeros vienen a España, ¿cuál será su reacción al oír tales barbaridades?: «¡Que esto se permita en España! ¡Y en una Corte! ¡Y a vista de tanto hombre verdaderamente sabio, culto y discreto! ¡Y donde concurren tantos millares de extranjeros...! ¿Qué han de decir de nosotros las naciones?»³³ Así, el lenguaje satirizado

(31) La virtud de saber enfrentarse con el ridículo hace pensar en Unamuno. Tienen estas dos figuras más de un punto de contacto, no sólo el haber vivido y enseñado en Salamanca. Los dos se permiten a veces jugar con su propio apellido (así Torres hablando de torres de Salamanca); los dos defienden empedernidamente su individualidad: Unamuno dice que no entiende cómo alguien pueda querer ser otro que el que es (si no pierde su autenticidad); ya lo había pronunciado Torres: "No me parezco a nadie, ni quiero parecerme al más pintado; no hay más que un Torres" (*Vida*); los dos se muestran precavidos y contestan ya al escribir a los ataques anticipados; los dos quieren ser ellos y no los que les "inventan" otros; en ambos es grande la afición al juego de palabras y de conceptos; en cierta ocasión, también para afirmar su independencia, ambos exclaman: "¡que inventen otros!" Ambos se sienten una figura central en Salamanca: Si Unamuno dice que toda Valverde de Lucerna era Don Manuel (*San Manuel Bueno, mártir*), Torres afirma que dos extranjeros, al llegar, preguntan por Torres, no por la catedral.

(32) Es, además, el primero en este siglo que habla de derechos de autor y de que escribe para ganarse la vida.

(33) *Fray Gerundio*, ed. de R. P. Sebold, *Clásicos Castellanos*, IV. Madrid, 1964, p. 202.

representa el epítome de la degeneración barroca, y la ironía es también de pura cepa española. Como Villarroel, se vale del recurso muy eficaz del equívoco; presentando ora lo que critica, ora la crítica de lo criticado, ofrece al lector por lo menos dos puntos de vista y deja la conclusión a su juicio. Le faltan la gracia y la ligereza, la universalidad de Cervantes, pero lo nacional está allí. Nacional a tal punto que emprende, con su traducción de *Gil Blas*, la tarea de probar que «sólo está restituyendo a su patria» lo que le fue robado. No cabe examinar aquí si las pruebas que aduce son fehacientes —baste con señalar su intención «patriótica».

La tercera gran figura de la primera generación, Feijoo, tan universal en sus intereses, tan abierto a las nuevas corrientes que vienen del extranjero, repite incansablemente que escribe ante todo para los españoles. Su tarea de «desengañador» no consiste sólo en demostrar la inutilidad de las supersticiones u otras creencias y usos atrasados, sino también en inculcar a sus lectores un nuevo sentido de los valores. Y entre éstos, el ser español no es de los más insignificantes. Su amor a España es inmenso y le empuja a intentar demostrar que incluso en las ciencias los españoles no son atrasados, que se adelantaron en varios campos. Pero no prestan atención a los descubrimientos, sus autores no cobran prestigio con éstos, y así lo que ha sido inventado por españoles aparece más tarde como nuevo en el extranjero. Y puesto que nunca afirma una cosa sin confirmarla, aduce ejemplos: la circulación de la sangre, el arte de enseñar a leer a los ciegos³⁴. En este siglo estas afirmaciones han sido rectificadas por investigación más científica³⁵, pero la intención queda: defender la ciencia y la sabiduría españolas. Así como en el campo de las ciencias, le preocupa el hecho de que obras importantes, como *Examen de ingenios* por Juan Huarte, apenas sean conocidas y leídas en España, mientras se siguen produciendo millares de obras insulsas, sin valor

(34) Es curioso que Menéndez Pelayo haya recogido estas ideas en *Historia de las ideas estéticas en España*, en *Obras completas*. Madrid, 1947.

(35) GREGORIO MARAÑÓN. *Las ideas biológicas del Padre Feijoo*. Madrid, 1941.

ninguno: «No ignora V. Rma. la náusea, la indignación, la pesadilla, que muchos años ha estoy padeciendo de ver tantos infelices escritos como en este siglo salen de nuestras prensas, que en vez de acreditar en otras naciones la literatura española, la infaman y desacreditan»³⁶. Según Sánchez Agesta, como se ha visto más arriba, es, entre los autores de la primera generación, el mejor ejemplo de renovación que no quiere separarse del pensamiento tradicional. A pesar de la gran variedad de temas que trata, del saber enciclopédico que va divulgando, al leerle imaginamos ante todo a España y a un español escribiendo.

Hacia la mitad del siglo basta pasar revista a algunas tertulias literarias para persuadirse de que la preocupación por lo nacional no ha desaparecido. En la de los Moratín, el tema constante es la crítica de la literatura actual, tanto la española como la que se produce en el extranjero. A la vez que se admiran modelos extranjeros —aquí se confirma otra vez la existencia de la influencia italiana—, leyendo y comentando a Petrarca, Tasso, Metastasio, no se excluye a los grandes nombres del Renacimiento español, como Garcilaso o Fray Luis. Es precisamente allí donde Conti concibe la idea de traducir a Garcilaso al italiano. Allí le persuaden a que siga con la traducción de otros poetas clásicos españoles. En esa misma tertulia, donde critican despiadadamente los dramas españoles del Siglo de Oro por no atenerse a las reglas y permitirse extravagancias inauditas, Nicolás de Moratín va escogiendo las mejores obras del teatro de los siglos precedentes para proporcionar a Napoli Signorelli una visión «justa» del drama español. Este mismo Nicolás, tan crítico en sus *Desengaños al teatro español*, tan partidario de las reglas, de la lucidez y del trabajo de la lima, sale a defender públicamente la «honra española» contra Talassi, poeta italiano «de repente». Sólo después de ganar este desafío literario, después de haber probado que si no improvisa siempre no es por ser incapaz, sino por considerar poco se-

(36) *Cartas cruditas*, IV. Madrid, 1928, p. 165.

rio tal «arte», se rehusa a «rebajarse» otra vez y continuar la justa. Sus críticas a todos los aspectos «viles» de la literatura española son abundantes, pero cuando un discípulo le pregunta qué clásicos debe preferir, la contestación no deja lugar a dudas: «Griegos y españoles; latinos y españoles, italianos y españoles, franceses y españoles, ingleses y españoles»³⁷.

Incluso en el teatro no es todo admiración por Francia o deseo de imitar a los pseudo-clásicos. Dejemos aparte el caso de Ramón de la Cruz, el representante más claro de la tradición castiza, en cuya obra se levanta el Madrid del siglo XVIII con todos sus aspectos, y cuyos sainetes están llenos de ataques a la «extranjerización» del teatro. La batalla entre él y los «extranjerizantes» queda harto bien resumida por Cotarelo y Mori³⁸. Entre los demás, apenas existe español ilustrado que no se queje del estado abominable en el que se encuentra el teatro en España. Pero nadie protesta de veras contra la tradición española. Es curioso a este respecto el caso de Luzán, exponente de la máxima rigidez clásica. A base de su *Poética*, se ve obligado a criticar el teatro español del Siglo de Oro, pero lo hace con muchas precauciones, dándose cuenta de que sería vano intentar desarraigar una tradición tan honda. Así, casi parece pedir perdón al lector por su crítica: «Sólo en España... muy pocos se han aplicado a dilucidar los preceptos poéticos. ... Querer atribuir esta falta a la de ingenio y erudición sería desvarío. ... Atribuyámosla, pues, a un pernicioso descuido, o quizás, a una muy extraña presunción de querer con los solos naturales talentos aventajarse a la más estudiosa aplicación. ... No digo que, para formar un perfecto poeta no sea absolutamente necesario el ingenio y natural talento; pero digo con Horacio que esto sólo no basta. ... Si un Lope de Vega, un Don Pedro Calderón, un Solís... hubieran a sus naturales

(37) "Vida de Nicolás de Moratín" (por Leandro), en *Obras de Don Nicolás y Don Leandro Fernández de Moratín*, II. Madrid, 1944, p. XVII.

(38) Tanto en *Don Ramón de la Cruz y sus obras* como en *Iriarte y su época*. Madrid, 1897).

elevados talentos unido el estudio y arte, tendríamos en España tan bien escritas comedias que serían la envidia y la admiración de las demás naciones, cuando, ahora, son, por lo regular, el objeto de sus críticas y de su risa. Con pérdida lastimable vemos malogradas tantas y tan peregrinas prendas de que los dotó la naturaleza»³⁹. Cuando se le ofreció ocasión, intercala algún elogio: «Alabaré siempre en Lope de Vega la natural facilidad de su estilo y la suma destreza con que en muchas de sus comedias se ven pintadas las costumbres y el *carácter* de algunas personas; en Calderón admiro la nobleza de su locución, que sin ser jamás obscura ni afectada, es siempre elegante; y especialmente me parece digna de muchos encomios la manera y traza ingeniosa con que, teniendo dulcemente suspenso a su auditorio, ha sabido enredar los lances de sus comedias, y particularmente de las que llamamos de capa y espada»⁴⁰.

La cuestión de las producciones dramáticas es compleja. Para remediar la situación decadente se traducen obras francesas, desgraciadamente no siempre de las mejores. Cuando éstas no cunden, se «arreglan», sometiéndolas a las unidades, otras del Siglo de Oro español, con éxito semejante. Por fin se ensayan los jóvenes autores a componer tragedias que tengan aire neoclásico. Este es otro punto de honor, ya que hubo crítico en Francia que se atrevió a afirmar que los españoles nunca habían sido capaces de producir una verdadera tragedia. ¡A escribir tragedias, pues! ¡A probar que un autor español es capaz de todo! El aspecto más curioso en estas producciones, que tampoco merecen la corona de laurel, es su orientación nacional. Si se escribe alguna *Lucrecia*, más numerosos son los dramas que tratan de figuras históricas de España: *Hormesinda*, *Guzmán el Bueno*, varios *Pelayos*. (Al fin y al cabo, incluso Corneille había ido a buscar su héroe en la Edad Media española.) Inconscientemente, aunque

(39) IGNACIO DE LUZÁN. *La Poética o Reglas de la Poesía*. (Barcelona, 1956), I, p. 31-2. ¡Qué bien aplica Cadalso estas mismas ideas a la situación del casi analfabetismo en su Carta VIII de su *Cartas Marruecos*!

(40) *Ibid.*, II, p. 124-5.

observan las reglas y se atienen a las unidades, escriben en verso que suena a Calderón o a Lope, y representan actitudes y ademanes muy tradicionales. Ya ha sido puesto de relieve más de una vez que la única de estas obras que logra ser acogida favorablemente por todos los públicos es *Raquel*. Y en ella, el fondo es completamente nacional, mientras los versos tampoco pueden considerarse como modelo de la serenidad y la medida clásicas. Hay muchos ecos de Garcilaso y de Calderón en ellos, y abundan escenas que llevan la pasión y la violencia en la superficie.

Las traducciones que inundan todos los campos son tema de varias consideraciones. Su pobre calidad es tan evidente que incluso un autor tan «afrancesado» como Leandro Moratín critica con palabras muy duras la falta de discernimiento en tales empresas: «¿Vacilaréis siempre ante las contradicciones más absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la más crasa ignorancia o de la más frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso o ridículo en las otras lenguas que no traduzcáis a la vuestra, dejando en su original las obras útiles, que no os atrevéis a tocar, porque habéis reducido todas las ciencias a una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?»⁴¹ Es curioso observar cómo en este punto concuerdan dos autores que normalmente parecerían más bien opuestos en sus gustos y sus ideales: Moratín, modelo de espíritu abierto, defensor de la ampliación de horizontes, y Forner, casticista empedernido. *La derrota de los pedantes* y *Exequias de la lengua castellana* expresan ideas que a veces parecen eco la una de la otra. Exaltan a los mismos poetas nacionales; insisten en la necesidad de estudiarlos e inspirarse en ellos. Por otra parte, critican los mismos vicios en las actitudes y en el lenguaje degenerado de los poetas barrocos rezagados. La conciencia nacional está bien

(41) LEANDRO FERNÁNDEZ DE MORATÍN, *La derrota de los pedantes*. París, 1951, p. 43-4.

despierta en los dos. La conclusión a la que llega Moratín hubiera muy bien podido salir de la boca de Forner: «Sería indecoroso a un escritor, a un orador o a un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación e inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas... ni en los escritores franceses... pueden adquirirse»⁴². Sólo compaginando todo lo mejor, sin mirar las procedencias, prevé un resultado prometedor, una rectificación de enfoque: «Entonces se extinguirá, quizás, aquel espíritu de partido tan funesto a la sabiduría como a las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer a algunos que nada hay bueno en su nación, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce»⁴³.

En general se suele afirmar que la poesía de este siglo no ha producido obras maestras que merezcan larga atención. No es una época de grandes ímpetus líricos en ningún país: el ensayo (y en algunos países, la novela) se presta mejor para expresar la nueva ideología y las nuevas preocupaciones. Sin embargo, cuando escriben, cuando critican, los autores siempre tienen presentes modelos de los siglos anteriores. Sería falso afirmar que se inspiran en Virgilio o Anacreonte antes que en Garcilaso o Villegas. Fray Luis es otra figura que continuamente vuelve en las discusiones. Incluso se recuerda a Ercilla cuando se trata de definir lo que sería un poema épico perfecto. Meléndez Valdés intenta revivificar y devolver su dignidad al romance que se había vuelto propiedad casi exclusiva de los ciegos. En los epigramas y las sátiras que surgen a través del siglo se nota una fuerte presencia de Quevedo. Y las odas que se escriben hacia finales del siglo ya anuncian el romanticismo, con inspiración temática nacional muy clara que va apoyada por las circunstancias históricas. En todos los poetas es evidente la preocupación por la pureza de la lengua y de la locución. La claridad y la concisión de los poetas franceses se elogia con fre-

(42) *Id.*, p. 45.

(43) *Id.*, p. 45.

cuencia, es cierto, pero con casi igual frecuencia se insiste en el conocimiento de sus propios clásicos.

Al querer recapitular lo dicho a través de las páginas precedentes, se nos impone una consideración nueva. Parece imposible dudar del hondo interés de estos hombres por lo nacional; se ha observado que algunos muestran actitudes muy afines a las de los siglos modernos. Y, sin embargo, pocas veces, juzgando el siglo XVIII, se habla de él como base posible de la literatura moderna. Se le elogia más bien por haber roto definitivamente con la tradición del Barroco. ¿No sería más justo tratar de ver en él una muestra de la continuidad, un punto más en la evolución ondulante? En vez de afirmar unánimemente que Larra es el más claro precursor de la Generación del 98, ¿por qué no hurgar un poco más atrás, en el siglo XVIII? Un librito relativamente poco leído, *Los eruditos a la violeta*, de Cadalso, contiene más de un aspecto, más de una crítica que luego son desarrollados por Larra. Los «consejos» que da a los jóvenes que estén para salir en un viaje no le merecerían seguramente el mote de extranjerizado y fácilmente hacen pensar en «En este país», de Larra, no sólo por las ideas, sino también por el tono:

«Primero: No sepáis una palabra de España, y si es tanta vuestra desgracia que sepáis algo, olvidadlo, por amor de Dios, luego que toquéis la falda de los Pirineos.

Segundo: Id, como bala salida de cañón, desde Bayona a París, y luego que lleguéis, juntad un consejo íntimo de peluqueros, sastres, bañadores, etc., y con justa docilidad entregaos en sus manos, para que se os apulan, labren, acicalen, compongan y hagan hombres de una vez.

Tercero: Luego que estéis bien pulidos y hechos hombres nuevos, presentaos en los paseos, teatros y otros parajes, afectando un aire francés, que os caerá perfectamente.

Cuarto: Después que os hartéis de París, o París se harte de vosotros, que creo más inmediato, idos a Lon-

dres. A vuestra llegada os aconsejo dejéis todo el exterior contraído en París, porque os podrá costar caro el afectar mucho galicismo.

Quinto: Volveréis a entrar en España con algún extraño vestido, peinado, tonillo y gesto, pero, sobre todo, haciendo tantos ascos y gestos como si entrárais en un bosque o desierto. Preguntad cómo se llama el pañ y agua en castellano, y no habléis de cosa alguna de las que Dios crió de este lado de los Pirineos por acá. De vinos, alabad los del Rin; de caballos, los de Dinamarca, y así de los demás renglones, y seréis hombres maravillosos, estupendos, admirables y dignos de haber nacido en otro clima»⁴⁴.

En su totalidad, el siglo XVIII presenta varios aspectos que hacen pensar en la Generación del 98. Lo ha señalado ya Salinas⁴⁵; Marías lo ha recogido, acerbando la crítica: están presentes las ideas, pero les falta a estos autores la vocación literaria⁴⁶. Acaso se podría buscar una defensa parcial de este fenómeno en la definición de su voluntad de estilo ofrecida por Juan Marichal: «La afinidad que sentían los primeros noventaiochistas por la obra de Cadalso y por el siglo XVIII obedecía, entre otros motivos, a la aparente semejanza de su situación vital y de su esfuerzo por crearse un estilo literario propio. Pero el contraste entre el impulso estilístico de los hombres del 98 y el del Cadalso de las *Cartas Marruecas* resalta inmediatamente: mientras los primeros, todos más o menos «ególatras» literarios, aspiraban a la extrema diferencia individual, a que cada uno «dijera lo suyo», el escritor del siglo XVIII, no obstante su natural deseo de notoriedad personal, quería forjarse un estilo «común», casi anónimo»⁴⁷. Queda vigente el hecho de que entre los hombres del siglo XVIII no hubo escritores verdade-

(44) *Los eruditos a la violeta*, p. 127-8.

(45) En *Ensayos de literatura hispánica*.

(46) En *Los Españoles*.

(47) JUAN MARICHAL, "Cadalso: el estilo de un 'hombre de bien'", en *La voluntad de estilo* (Barcelona, 1957), p. 191.

ramente extraordinarios. Pero las actitudes de los hombres de los dos siglos son semejantes: Torres, Jovellanos, Moratín viajan, observan, critican. Lo mismo hacen Unamuno, Baroja, Azorín. En estas observaciones, que ni son puramente utilitarias, ni exclusivamente sometidas al pensamiento, entra el paisaje como algo vivo. Bellísimas descripciones del paisaje ha dejado Baroja; tampoco están ausentes de las páginas de los *Diarios* de Jovellanos. En ambos casos el paisaje no entra por sí solo, sin embargo: se mira en él todo lo que representa, exterior así como interiormente. La posible diferencia habría que situarla en el enfoque: mientras el hombre del siglo XVIII mirando el suelo que pisa piensa en el futuro y las posibilidades que ofrece, el autor de la generación del 98 tiende a buscar en él las esencias del pasado, la intrahistoria que continúa. Tratándose de valores literarios, tanto los unos como los otros vuelven la vista atrás, hacia los autores «más puros», para buscar modelos o afinidades. Ambas generaciones se interesan por lo político, lo económico, lo social. En ambas se hace muy fuerte la voz predicando una reforma de la enseñanza. Tanto los unos como los otros quieren luchar contra la ignorancia del pueblo, y leyendo bien, en ambos se señala la posible causa de tal atraso: la dominación absoluta de representantes frecuentemente indignos de la Iglesia. Los miembros de ambas ponen mucho énfasis en el «examen»: de hechos, de causas, de la historia nacional. Ya el padre Feijoo se quejaba: «De este espíritu de pasión nacional que reina casi en todas las historias, viene que en orden a infinitos hechos nos son tan inciertas las cosas pasadas como las venideras»⁴⁸ Las páginas de Ganivet, de Unamuno, confirman esta actitud. Tanto los unos como los otros se esfuerzan por ponerse —y poner a España— a nivel con el resto de Europa, sin renunciar a los valores tradicionales. Pero se acusa con frecuencia a los del XVIII de ser afrancesados o extranjerizantes, mientras se pasa por alto más fácilmente la declaración de Baroja que le hubiera gustado nacer alemán, los galicismos de Azorín, la huella italiana en el pri-

(48) *Teatro Crítico universal*, "Amor de la patria y pasión nacional", p. 60.

mer Valle-Inclán, la germanofilia de Ortega. ¿No sería justo admitir a los autores del XVIII como españoles conscientes y retroceder, cuando se hable de los regeneracionistas pensando en Costa y sus contemporáneos, un siglo más? La contestación de Jovellanos, enviada al general Horacio Sebastiani en 1809, cuando éste le pedía la colaboración con el gobierno de Bonaparte, parecería justificarlo: «Lidiamos por los preciosos derechos de nuestro Rey, nuestra Religión, nuestra Constitución y nuestra independencia. Ni creáis que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir cuantos obstáculos puedan oponerse a este fin: antes por el contrario... el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día y que en adelante tendrá, es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones»⁴⁹.

BIRUTE CIPLIJAUSKAITE
University of Wisconsin

(49) Citado por J. MARIAS en *Los Españoles*, p. 63. En su prólogo a *Diarios de Jovellanos* (Madrid, 1967), Marias también sugiere una revisión de los valores: "Cada vez parece más claro el interés superior del siglo XVIII, tan torpemente desconocido... Año tras año vamos viendo que la España presente procede directamente de lo que se quiso hacer en el siglo XVIII y fue estorbado —por el azar o por la voluntad de algunos hombres— en la gran crisis que empezó cuando Jovellanos comenzaba a redactar estos *Diarios*. Nos damos cuenta de que casi todas nuestras miserias proceden de la mala fortuna que hizo abortar las espléndidas posibilidades que estaban ya maduras en los últimos decenios del siglo XVIII" (p. 13).